

Francesc-Marc Álvaro

# El miedo a perder elecciones

El otro día, durante la larga sobremesa de una jornada festiva de la pasada Semana Santa, comprobé que cada vez me cuesta más defender a los políticos, me refiero a la mayoría de los que (sean del partido que sean) se dedican de buena fe a gestionar nuestras instituciones sin cobrar sueldos estratosféricos, sin meter la mano en la caja y sin engañar a los ciudadanos. Mis interlocutores repitieron ideas muy presentes en nuestra sociedad, generalizaciones habituales que, a pesar de ser injustas, tienen un fuerte arraigo, cada vez más amplio a causa -supongo- de la crisis económica: los políticos son unos aprovechados, los políticos son aquellos que no sirven para nada más, los políticos son irresponsables, los políticos se han olvidado de la gente de abajo, los políticos hacen lo que quieren, etcétera.

Intenté argumentar que, como en todo colectivo profesional, entre los políticos hay gente que hace las cosas bien y gente que hace las cosas mal. Con todo, debo admitir que, esta vez, no tuve el ánimo de siempre a la hora de replicar los tópicos de la desafección democrática. Quizás porque esta desafección es alimentada y acelerada, en los últimos tiempos, por los actos y las palabras de políticos tan principales como el presidente del Gobierno y varios de sus ministros.

Si intentamos ir más allá de los lugares comunes y de las consignas antipolíticas que proyectan una idea esencialmente perversa y fatalmente irreparable de la gobernación democrática tal como la conocemos, nos encontramos con un diagnóstico más inquietante de lo que mis amables interlocutores me planteaban mientras las procesiones religiosas pasaban por la calle. A la vista de los cambios de criterio repentinos y muy mal explicados de Rajoy y de su equipo, la conclusión de los ciudadanos (y la de los supuestos expertos en los misterios económicos y políticos) es terrible y deprimente: estos políticos no saben adónde van. Rajoy no sabe adónde va, excepto en lo tocante al futuro de las autonomías, que servirán para poner encima de la mesa europea el chivo expiatorio más

fácil de descuartizar y para disimular así la negativa del Gobierno central a abordar reformas estructurales serias, como todo lo que tiene que ver con los funcionarios.

Rajoy no sabe adónde va y la sensación de confusión es evidente en el ambiente. El líder del PP se ofreció a la sociedad española como la opción de la claridad, la coherencia y la determinación frente a lo que había sido Zapatero y el PSOE. A la hora de la verdad, sin embargo, Rajoy hace todo lo contrario de lo que había anun-

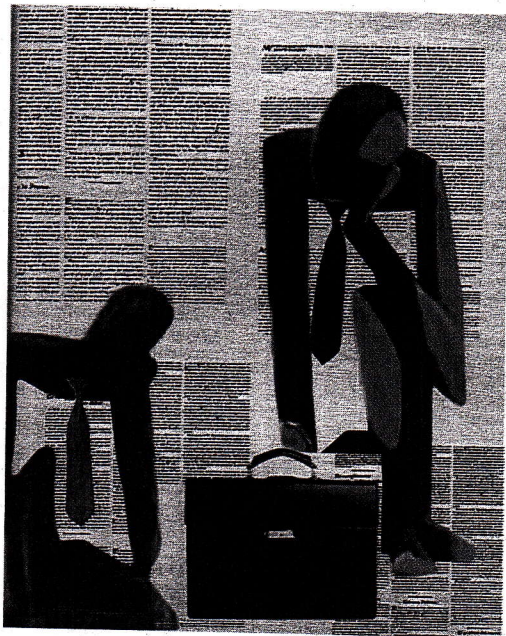
mismo a Rajoy, que pensaba ser más listillo que Bruselas, los mercados, Merkel y los chinos juntos, un pecado de soberbia que hoy le hace aparecer como un líder sin liderazgo, totalmente desbordado por unas circunstancias a las cuales pretendía burlar ingenuamente.

Una sociedad que comprueba que sus políticos principales no saben adónde van es una sociedad que tiende a pensar que la política es inútil, que es un gasto superfluo. El último barómetro del CIS señala que la población española considera que la clase política y los partidos son el tercer problema del país, por detrás del paro y de las dificultades económicas. Los que tendrían que plantear soluciones para poder salir adelante se han convertido en el problema, el estorbo y el obstáculo.

¿Qué hay detrás del tacticismo de Rajoy? El miedo a perder las elecciones. Por eso aplazó la presentación de los presupuestos generales del Estado hasta después de los comicios andaluces, por eso no recorta el sueldo de los funcionarios ni el gasto corriente, por eso destina recursos a tramos del AVE que no llevan a ningún sitio, por eso impulsa una amnistía fiscal, por eso se olvida de la deuda con Catalunya, por eso apunta hacia las autonomías. El máximo dirigente de la derecha española todavía no ha entendido, de verdad, la gravedad del momento.

Sin un cierto menosprecio por las próximas elecciones, no hay coraje a la hora de tomar decisiones. En las Españas, sólo hay un político que, de momento, ha demostrado tener claro que es más importante salvar los muebles que quedar bien en las encuestas: Artur Mas. No se le puede negar que ha asumido el reto sin subterfugios. Más allá de la mucha o escasa competencia de sus consejeros y de las limitaciones del poder autonómico, el liderazgo de Mas ha transmitido confianza a la sociedad catalana, lo cual no puede decirse de Rajoy respecto de la sociedad española. Quizás Mas aprendió lecciones más provechosas que Rajoy durante la travesía por el desierto. ■

www.francescmarcavaro.cat



MESEGUER

ciado en campaña y, además, improvisa de manera desconcertante, como lo demuestra el reciente tjeretazo (comunicado de manera vergonzante) de diez mil millones menos para sanidad y educación, pocos días después de haber explicado los nuevos presupuestos generales del Estado. Algunos creen que los mercados convirtieron a Zapatero en una pobre marioneta en manos de no se sabe quién, pero, de hecho, el anterior presidente perdió su autoridad y credibilidad mucho antes, cuando negó la realidad obstinadamente mientras todo el mundo veía venir el drama. Ahora, le pasa tres cuartos de lo

Màrius Carol



## Catalunya en el libro 'Guinness'

Christóbal Montoro lo ha dejado bien claro: las autonomías van a cumplir con el déficit sí o sí. No ha recordado el ministro de Hacienda que los presupuestos han sido especialmente cicateros con algunas autonomías. Es el caso de Catalunya, que aporta casi el 19% del PIB al Estado, pero donde el Gobierno invierte únicamente el 11%. Independientemente de lo que diga el Estatut. Además, los presupuestos no reconocen la partida de desviaciones del pasado, como también obliga el Estatut. Lo dijo el conseller de Economía, Andreu Mas-Colell, en este diario: "Los presupuestos del Estado restan al menos 1.800 millones de ingresos a la Generalitat". Así que habrá que seguir exprimiendo a los catalanes. Pero ¿se puede apretar más?

Catalunya va camino de entrar en el libro Guinness de los récords, que es la obra más robada en las bibliotecas públicas de EE.UU. Catalunya es la autonomía que más paga de las diecisiete, al menos en diez capítulos.

1. El IRPF. El impuesto de la renta alcanza en Catalunya el 56%, el más alto de España y también de Europa, com-

Los catalanes poseen el récord de impuestos y tasas, pero el Gobierno aún exige más esfuerzos

partiendo techo fiscal con Suecia, aunque sin servicios escandinavos.

2. La gasolina. El céntimo sanitario ha pasado a ser 4,8 céntimos, con lo que los catalanes pagan más que cualquier otra autonomía para contribuir a financiar su sanidad.

3. El agua. Los catalanes tienen el agua más cara, con subidas del 8,5% del canon en el 2011, que este año ha pasado a ser de un 3% en el llamado servicio básico y de un 12% en el excesivo.

4. El transporte público. El metro o el autobús son más caros en Catalunya que en cualquier otro territorio de España (el billete es más caro que en París o Nueva York).

5. Las autopistas. Los peajes de las autopistas (en Catalunya una autopista sin peaje es un oxímoron) son los más caros del Estado. Y siguen subiendo por encima de la media.

6. Los medicamentos. La tasa del euro por receta es una medida única. El Govern considera que el copago es un acto de responsabilidad y el Gobierno presume de que ellos no lo aplicarán nunca, como si fuera injusto.

7. La justicia. La tasa sobre actos jurídicos sólo se aplica en Catalunya. Grava los litigios 60, 90 o 120 euros.

8. Las hipotecas. El Govern aplica un gravamen del 1,5% sobre el valor concedido por el banco, medio punto más que en las otras autonomías.

9. Las transmisiones de patrimonio. La Generalitat grava la compraventa de viviendas de segunda mano un 8%, el resto de las comunidades sólo un 7%.

10. Los hoteles. Los que se alojen en hoteles catalanes pagarán una tasa turística entre 2,5 y 0,5 euros por noche con un máximo de siete noches.

The Washington Post publicó el mes pasado un artículo en el que ponía de ejemplo a Catalunya como territorio con una fiscalidad insostenible. ¿Puede ser que preocupemos más en la capital de EE.UU. que en Madrid? ■

Jordi Llavina

## 'Cenizas en el cielo'

Entre la cosecha de buenos libros que, con la infinidad de los mediodios y el sinfín de los malos, suelen llegar, año tras año, por Sant Jordi, siempre destaca alguno que, por derecho propio, parece destinado a permanecer en la memoria del lector. Es el caso de *Cenizas en el cielo*, la excelente novela en la que Carme Martí recrea la vida de Neus Català (Roca Editorial).

Nacida en Els Guiamets en 1915, Català mostró, ya desde niña, una inquebrantable vocación de servicio: soñaba con ser enfermera. La guerra truncó su sueño. En el libro están los pormenores de su extraordinaria existencia, su inagotable compromiso, su rebeldía y sentido de la responsabilidad: la huida a Francia con 182 niños de la colonia en la que trabajaba; el tiempo feliz en la Dordoña, donde

conoce a su primer marido, Albert, y colabora con la resistencia; la caída en manos de los nazis y el posterior encarcelamiento: primero, en Limoges, y, después, tras un interminable viaje en tren, en los campos de exterminio de Ravensbrück y Hölleschen. Y, al cabo, la liberación, en 1945: el año en que Neus y sus compañeras de tragedia se conjuran para mantener viva la memoria (relevante, la coincidencia con Montserrat Roig, en París, en 1975). Su reto: rescatar a las olvidadas del anonimato. Asimismo, el libro relata el encuentro con su segundo esposo, Félix, un republicano español que no podía regresar al país, y el nacimiento de sus dos hijos.

Martí da voz a Català, mujer de una pieza. El libro, estremecedor, no deja de interrogarnos sobre la necesidad de la ética

en nuestro proceder y de la coherencia en cualquier proyecto vital. "La fuerza moral nos dará la fuerza física", exclama una Neus exhausta, macilenta, viendo caer a algunas de sus compañeras en el campo. En una escena memorable, la protagonista y dos prisioneras más arrancan unas flores para comérselas a bocados. El hambre las agota, y las atrocidades y torturas cometidas contra ellas van mermando su ánimo. Pero siguen en pie. Al fin, el traje de prisionera se convertirá en una especie de talismán contra la sinrazón.

Muy bien escrito, el libro ahonda en escenas de gran calado simbólico. Martí no inventa, sino que recrea. Recrea el horror nazi, pero, aún más si cabe, la entrega a un noble ideal: el de la dignidad humana. Para que el olvido jamás empañe ni diluya el recuerdo de la barbarie. ■